

# LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVI

MADRID, 6 DE AGOSTO DE 1922

NUM. 19.816

## LOS ESCLAVOS

CUADROS DE LA VIDA COSMOPOLITA POR M. DE ALMAGRO SAN MARTÍN

¡HALLO! ¡HALLO! ¿Eres tú, cheri?

—¿Pues quién había de ser?

—Sí. Reconozco tu voz, pequeño far-sante. ¿Has dormido bien?

—Como un rey en el destierro, que es la posición más cómoda para un monarca.

—Esta mañana, apenas me desperté, te llamé al teléfono, y no contestaste; ¿dormías o no habías regresado de hacer la bomba?

—Dormía, celosa, Otela. Dormía...

—Me ha contado un pajarito verde que anoche, después de comer en Menton, te vieron charlar en el Casino con una mujer muy extraña...

—¿Quién ha sido el pajarito? No habrá sido una cotorra o cotorrón... como, por ejemplo, la marquesa de Saint Pierre...

—¿Qué te importa quién me lo ha contado? Lo esencial es que te vieron hablando con ella, que llamaste la atención por el entusiasmo que todo el mundo notó en ti y... que la mujerota era raramente bella y muy mal género. No hay manera de que escarmientes. No sabes el daño que te hacen esas tonterías. Luego, la gente te devora aquí y, lo que es peor, en Mongolia.

La voz femenina, pura y juvenil que se escuchaba en el teléfono, tuvo una veladura de emoción al pronunciar las últimas frases, mientras que el hombre que oía hizo un gesto de malhumor, y dijo, dirigiéndose a un

tercer personaje que al entrar en el salón lo hizo de puntillas: Ya está dando la lata.

—Monseñor, que le va a oír Su Alteza—contestó el recién llegado al que telefonaba.

Este, separando la boca del aparato, dijo:

—Voy a terminar. ¿Pasa algo?

—No, monseñor—respondió el recién llegado.

—Oye—continuó al teléfono el llamado monseñor—. Oye, Dorita: No puedo seguir. Me anuncian que está abajo una visita. ¡Hasta luego! Nos veremos en Niza. En el Negresco, a las cinco, para el té.

El joven, pues era aún mozo el hombre a quien acababan de dar el trata-

miento de monseñor, colgó calmosamente los auriculares del teléfono, se puso en pie y, con gesto de cansancio, exclamó:

—Qué aburrimiento de mujer.

—Vuestra Alteza es injusto. Pienso Vuestra Alteza que la princesa Dora es su ángel bueno, la que le quiere de veras y le anima a conseguir los laureles de la gloria.

—La gloria, para los santos, y los laureles, para el estofado, como refieren que dijo una de mis antepasadas, la reina Isabel II de España—respondió el garzón, guiñando un ojo burlescamente.

pronunciamientos militares de carácter realista.

—Sacha.

—Monseñor. Se habla de un levantamiento general en favor de Vuestra Alteza.

—Sacha.

—Monseñor...

—Basta. Hablemos de Sacha.

El sol claro y luminoso de la Riviera entraba por los balcones del salón, que abrían sus ojos de cristal sobre el parque de Montecarlo, cuyo Casino se asomaba tras el bosque de palmeras, recortan-

lones de franela y sombreros de paja. Un sentimiento de bienestar profundo y sereno, que se diluía en el aire aromado de sal marina y de violetas, daba a los seres la alegría de vivir, de respirar, de correr, de dejarse saturar por la luz, el aire y la música.

—Hablemos de Sacha—repitió monseñor, mirando distraídamente a lo lejos por el balcón abierto—. Cuéntame lo que sepas.

Era monseñor un mozo rubio y espigado, que portaba en su rostro pálido los finos caracteres de una raza histórica.

Acaso la nariz era demasiado grande para el tamaño de los ojillos, azules y maliciosos; quizás su prognatismo daba al rostro una expresión ruda; tal vez la piel estuviera ajada, y la boca, un poco torcida, acentuara la disimetría decadente del rostro; pero el conjunto de las facciones se armonizaba bajo una sonrisa tan infantil y dulce, que las imperfecciones desaparecían para dejar sólo la impresión de un muchacho muy amable, y muy felino y muy joven.

Y, sin embargo, el príncipe Luis Felipe, habiendo cumplido ya los veinticinco años, estaba muy lejos de los candores de la infancia, que en realidad de verdad, nunca conoció. Nieto de reyes e hijo de príncipes, que no le habían dado muy buenos ejemplos, se había educado, por decirlo así, al azar de los colegios y de los

profesores internacionales, una vez en Francia, otra en Inglaterra, después en Alemania y en Austria. Hablaba bien todas las lenguas, conocía todos los deportes, bailaba a maravilla, sabía decir cosas espirituales con gesto de pilluelo y había probado todos los frutos, comenzando, naturalmente, por los del cercado ajeno y siguiendo luego con la restante y varia gama de los prohibidos. Muertos los padres de Luis Felipe, él en la gran guerra, ella en un accidente de automóvil, había heredado el zagal con los derechos muy aleatorios al trono de Mongolia una gran fortuna, que iba sembrando alegremente por los caminos del mundo entre risas y escándalos, porque una de las características del prínci-



—¿Pero no está cansado Vuestra Alteza de esta vida absurda que llevamos?

—No.

—¿No siente deseos de reinar, de conquistar su Imperio?

—Amigo mío—replicó el príncipe, poniéndose súbitamente serio—: para dominar a los demás hombres es preciso comenzar por dominarse a sí mismo, y yo, francamente, no me siento capaz.

—Entonces, señor, en vez de príncipes, y poderosos y magnates, quienes tienen débil voluntad sólo son esclavos.

—Sí, esclavos muy contentos de su esclavitud. Pero déjame de sermones y háblame de Sacha, que es lo único que hoy me interesa.

—Monseñor. En Mongolia ha habido

do la silueta de blancas yeserías falso Luis XVI sobre un espejo de mar azul y reverberante.

Desde el jardín de la villa subía hacia el salón el zurear de las palomas que se perseguían sobre los céspedes de verde nuevo, entre los rosales llenos de flores y a la sombra de los árboles, cuyas hojas gayas pregonaban la primavera.

Era todavía marzo. Pero el buen tiempo, afirmado y sereno desde hacía muchas semanas, había adelantado la estación en esas tierras paradisíacas que van desde Tolón hasta Génova. Los jardines rebosaban de flores como cestas demasiado llenas que se desbordan; las mujeres vestían de blanco, a la moda de las playas, y los caballeros lucían panta-



pe Luis Felipe era la de no poder hacer nada discretamente ni a concierros tapados, instrumentos cerriles que él creía destinados a gente de baja estofa, reservando para los hijos de Júpiter la acción franca y sin rebozo a que se creía con derecho como descendiente de soberanos. Su Alteza había vivido en la India y en Egipto; conocía las tierras africanas, que guardan todavía la impronta medioeval de las razas ingenuas, y las urbes asiáticas, donde los vicios se han convertido en ritos y en obras de arte en París y en Roma, en Nápoles y en Viena, en Venecia y en Constantinopla. Ahora acababa de instalarse con el lujo debido a su alto rango en una villa que alza sus techos puntiagudos bajo el cielo dorado de Monte-Carlo, entre las palmeras y los arriates de un parque frondoso. Los cinco automóviles del príncipe estaban en perenne movimiento, fuese ocupados por el propietario, fuera transportando a sus numerosos invitados; en la villa se celebraban continuamente festejos y comilonas; el desorden y el despilfarro eran amos y señores en complicidad con una taifa de criados cosmopolitas, a cuyo frente figuraba la honorable miss Dorothee, antigua aya de Su Alteza, señora inglesa, flaca, meticulosa y eternamente admirada.

El salón desde donde telefoneaba el príncipe estaba invadido por un tropel de rosas pajizas, que entonaban a maravilla con el terciopelo negro de las paredes, las lacas oro y negro de los muebles, los cuadros japoneses, de inestimable precio, y las porcelanas chinas (monstruos y dragones) que completaban la decoración del fumadero, pues fumadero era, y no de tabaco, sino destinado al goce de esas drogas satánicas con que el Oriente paga los falsos beneficios de la civilización occidental.

En aquella hora matinal que se aproximaba al medio día, tenía la luz una gloria inefable, y a su conjuro brillaban los diamantes y rubíes del Buda hecho de oro macizo que sobre una mesita de laca negra presidía la estancia con gesto hermético; destellaban las figurillas de azul porcelana, se traslucían como aguas marinas las estatuillas de jade, y los visajes sabiamente estilizados de los japoneses pintados cobraban extraña vida.

Un chorro de polvillo luminoso, que el sol hacía danzar, atravesaba un búcaro atascado de rosas de té e iba a caer sobre el gran diván enano, semicubierto de almohadones, en que se sentó el príncipe Luis Felipe.

—¿Está Vuestra Alteza cantado?—preguntó el amigo de monseñor.

—No. Yo soy de hierro. Ya ves. Ayer almorcé en Cannes con los Marajahs de Pondichry. Tomé el té en Niza, en el Rhül, donde no paré de bailar en toda la tarde. Volví a Monte-Carlo para vestirme de frac; comí en Menton con la banda de la princesa Colonna-Stromboli; fuimos después al Casino, y me he acostado esta mañana, cerca de las siete.

—Yo creo que monseñor abusa de su salud; acabará por resentirse.

—Yo abuso de todo lo agradable—respondió el príncipe, riendo—. Acuérdate de la canción de estudiantes que cantábamos en Heidelberg. *Bummeln zu gehen das ist im schoen warumdem immer hocken im zimmer. Was gilt das Geld wen man es behaelt. Man lebt nur ein mal auf der Welt!* ¡Qué bello es vagabundear! ¡Por qué entumecerse en casa? ¡Para qué sirve el dinero si se le guarda? ¡Se vive una sola vez en el mundo!

Y la voz del príncipe Luis Felipe entonó dos o tres veces, con alegre tono juvenil, el estribillo: «Se vive una sola vez en el mundo! Se vive una sola vez en el mundo!»

El rostro del barón de Königswinter,

pues este era el nombre del interlocutor del príncipe, se dilató en una sonrisa, que llenó de arrugas, surcos y rayas su cara de cincuentón bien cuidado. Königswinter, a quien Luis Felipe conociera en Heidelberg en un *kneippe* de estudiantes nobles, al cual asistía como novato el príncipe y como veterano el barón, había sido su iniciador en los vericuetos de la galantería. En aquel entonces, Königswinter, propietario de latifundios en Bohemia, era riquísimo y muy pobre el príncipe Luis Felipe, mozalbete de pocos años, a quien sus padres tenían abandonado en una modesta pensión que regentaba cierto maestro de escuela. El barón opulento fué entonces generoso con la Alteza penuriente, y ahora, cuando los cataclismos de la guerra habían arruinado al austriaco hasta el punto de dejarle en la miseria, socorriale Luis Felipe con largueza magnífica, dábale hospedaje, tenía a mesa y mantel, automóvil y champaña, en cambio de cuyos favores prestaba Königswinter al príncipe asistencia de chambelán y aun de tercero en esos menesteres que tan útiles son en las Repúblicas, según dice con su alta auto-



ridad Miguel de Cervantes Saavedra. Fuerza es decir que el barón de Königswinter no vivía ya a gusto en la ola de escándalos diarios y trapisondas que formaban la existencia del príncipe. Königswinter ansiaba la honorabilidad, añoraba sus días de gentilhomme austriaco, cuando en los salones del Hofburg erguía el busto cubierto de cruces y levantaba solemnemente los portiers, dando paso al emperador Francisco José y a las espetadas archiduquesas. ¡Con aquella gente se podía tratar! Mientras que ahora, aventureros, jugadores, *cocottes*...

—Hablemos de Sacha—repitió el príncipe Luis Felipe, sonriendo, pero con tono de terquedad imperativa, que no consentía subterfugios—. ¡Qué has averiguado?

—Mucho y malo.

—Mejor. ¿Quién es?

—Señor, Sacha se llama realmente Sacha.

—Ya es algo—respondió, irónico, el príncipe—. ¡En esta Riviera hay tan pocas personas que sean lo que dicen o lo que parecen!

—Es hija de un famoso pintor polaco, que la reprodujo en todos sus cuadros. Posaba de modelo desnuda. En aquella época dicen que era estúpida.

—¿Porque era muy joven? ¡Qué tontaría! Yo la prefiero como está ahora: bella, sabia y satánica, con sus ojos verdes adormecidos bajo las cejas muy finas,

como dos tigres en acecho, y ese cuerpo ondulante, culebrino, salomónico.

—Con permiso de monseñor, yo haré notar a Vuestra Alteza que todas esas ondulaciones y salomonismos me parecen sólo trucos de una mujer toda huesos.

—Te equivocas. Eso es carne estatuaría, depurada por la gimnasia y el masaje, que ha formado la obra de arte. Sacha es artificial, prodigiosamente artificial, y ahora cien veces más hermosa que cuando era una moza más o menos linda; pero sin el *adobo*, la salsa, que lo es todo.

El barón, que en cuestiones femeninas y de cocina detestaba las salsas, dejó caer su monóculo de golpe con un divertidísimo gesto de polichinela desesperado.

—¿Señor! ¡Por Dios! ¡Qué teorías!

—Adelante, Walter; cuenta la historia de Sacha, y aligera, porque quiero ir un

—¿Y el americano?

—Cuando se firmó el armisticio, Sacha, que ya estaba al abrigo de una gran fortuna, hizo a su amigo una bonita escena aconsejándole que la abandonara, porque ella era una mujer fatal, y como el pobre hombre se obstinara en amarla y hasta llorase a sus pies, Sacha le declaró sin ambages que estaba perdidamente enamorada del *chauffeur*. Como ni por esas el ingenuo hijo de América renunciara a Sacha, ella le hizo expulsar por medio de los criados, pidió auxilio a la Policía y se largó a Italia, donde contrajo matrimonio otra vez con un duque auténtico y arruinado. (Ferrandel murió en la batalla del Marne de un cólico hepático.)

—Entonces, mi querido Walter, Sacha es duquesa; es una mujer de nuestro mundo y de nuestra clase a la que puedo tratar de igual a igual.

—Señor. Sacha es un monstruo, es una aventurera, un *demi-castor*.

—Mi querido Walter. Sacha es una mujer deliciosa. Sobre este punto nunca nos entenderemos. Tú eres un hombre primitivo, un germano de las selvas, que jamás sabrás apreciar el gusto exquisito de una perdiz *faisandée*.

Las diez sonaron en la iglesia de San Devoto, cuando el príncipe Luis Felipe, seguido de Königswinter, apareció en el salón principal de su casa.

—¡Perdón, tía; perdón, prima; perdón, mesdames y mesieurs—dijo, sonriendo—. Estoy retrasado y les he hecho esperar. Una *panne* me ha detenido en el camino de la Turbie y me ha puesto en retraso.

Después, con gentileza, fué besando las manos de las damas, que al recibir la cortesía se hundían en reverencias cortesanías, perfectas, genuflexas, tan archielegantes y solemnes como quizás no las recibiera nunca el propio rey Sol; lógicamente debía ser así, porque mientras las duquesas de Versalles estarían fatigadas de aquella gimnasia palatina tan frecuente a que la vida de corte las condenaba, estas damas del príncipe Luis Felipe, que en su mayoría no tenían muchas ocasiones propicias para el lucimiento de las aptitudes etiqueteras, aprovechaban, en cantadas, la circunstancia que se les presentaba de estar frente a una verdadera Alteza Real.

Después del príncipe hubo saludado a las señoras, fué estrechando la mano de los caballeros, quienes se curvaban como cañas sacudidas, no ya por el viento, que esta metáfora sería pobre para el caso descrito, sino por un verdadero ciclón...

—¡Ah, monseñor! ¡Oh, monseñor!

Luego se argüían como si no hubiesen pasado nada, y sonriendo impecablemente mostraban la blancura nítida de las pecheras.

La puerta del comedor se abrió.

—Su Alteza Imperial está servido—anunció el enfundado mayordomo, cuadrándose militarmente.

Y el príncipe Luis Felipe ofreció el brazo a Su Alteza Imperial la gran duquesa Atanasia de Rusia, que enhiesta a pesar de sus ochenta años, encontró para ir al comedor el mismo paso avasallador con que sus antepasados los zares se ponían al frente de las tropas moscovitas. Luis Felipe sonreía con su eterna mueca de pilluelo. Atanasia fruncía las cejas con expresión feroz de orgullo, en cuyo gesto influía aquella noche su doncella, pues por descuido o prisa había pegado las postizas cejas de la ilustre anciana tan próximas la una de la otra, que daban al rostro principesco expresión de ogro cejijunto.

Tras la augusta pareja pasó el joven conde Balby, hijo morganático de otro gran duque. Daba el brazo a la princesa-



ta Dora de Rusia, hija de Atanasia. Después, venían el ministro de Capadocia, con la señora del prefecto de los Alpes Marítimos; la marquesa de Saint Pierre, vieja gorrón, muy elegante, que pasaba unas semanas en casa de Luis Felipe, se emparejaba con el duque de Lepanto, cierto italiano arrogante, del que si bien se ignoraba la autenticidad y procedencia, sabíase en cambio que no era *manco* en cuestiones de duelos, faldas y juego. En Niza le llamaban Lohengrin, porque, como el caballero del cisne, ignorábase de dónde venía, quién era, y nadie osaba preguntárselo. Tras Lohengrin y su averiada Elsa seguían mister Oldman, un petrolero millonario, cuya *yacht* se cañaba en el puerto, al lado del perteneciente al príncipe de Mónaco. Era pareja del americano la princesa Cachupinescu, rumana embrollona y bonita, que jugaba fuerte en el Casino. También era punto fuerte en dicho tabernáculo y en las cenas del Carlton el coronel mejicano Pajurrez, que entró después en el comedor dando su brazo a Mme. Val, la enorme viuda de un financiero sueco, fallecido a consecuencia del disgusto que le produjo la inoportuna visita de un juez de instrucción. Aparte de ese pequeño detalle y de que Mme. Val había servido como camarera, cuando joven, en una taberna equivocada de Marsella, nada, absolutamente nada, podía decirse de una señora tan gruesa, que llevaba unos crespones de luto tan negros, lucía unas perlas tan gordas y daba unas comidas en su casa tan suculentas.

Cerraban la marcha del cortejo banqueteo el barón Walter de Königswinter, chambelán de Su Alteza Imperial, y el señor Aspaviente, secretario particular y tesorero del príncipe, quienes por su calidad de servidores de la Casa debían ocupar las puntas de la mesa, mientras las cabeceras correspondían al príncipe Luis Felipe y a la gran duquesa Atanasia, cuyas carátulas, mejor que rostros, faz a faz, parecían reproducir en caricatura la burla y el orgullo, respectivamente.

Aprovechó la princesa Dora la proximidad que su colocación en la mesa le daba respecto a Luis Felipe para entablar estratégica conversación con el agitado joven. Arteramente, con ese innato don de las mujeres para ir dando rodeos, rectas a sus propósitos, procuró sondear la extensión del nuevo capricho que dominaba los nervios del príncipe. Dora no era una belleza en el sentido corriente de la expresión. Ni sus ojos azules, ni su tez blanca, ni sus cabellos rubios, ni su talla mediana, tenían nada de particular. Frescura, juventud, alegría, candor. Nada más advertíase a primera vista; pero si el observador era ducho, podía notar que del conjunto de vulgares facciones brotaba cierto encanto noble y reposado, acaso proveniente de la compostura general o del chispear inteligente y dulce de los ojos, puertas que dejan vislumbrar el alma de los seres.

—Entonces, primo Luis Felipe—decía la princesita Dora—, resulta que la dama con quien hablabas es nada menos que una duquesa patricia.

—Nada menos.

—Yo desconfío de las duquesas de la Riviera.

—Con el mismo derecho desconfiaría entonces la gente de los príncipes de la Riviera. No nos das un papel muy lucido.

—De los príncipes que están en la Riviera por su gusto, yo formaría muy mala opinión—dijo Dora, envolviendo su censura en una sonrisa—. Yo, por mi parte, no me encuentro aquí de grado.

—Sino por causa de los bolchevikis, ¿no es eso? Pues, hija, si yo estuviera en tu pellejo, les daría las gracias a esos forajidos, porque sin ellos a estas horas,

en vez de estar en uno de los sitios más bellos del mundo, sentada a la mesa de uno de los príncipes más bellos del mundo y en la mejor compañía del mundo, estarías en el horrible Petrogrado, entre nieve, fango y cosacos.

—Paso por alto lo del príncipe más bello del mundo y la compañía mejor del mundo, etc. Eso son bromas tuyas un poco cínicas; pero no te concedo que yo estuviera mal en Rusia, porque así sentía la grandeza de mi destino, el deber, el honor, la utilidad de mi vida...

—Sí, querida prima. Las monsergas. Eso se llama las monsergas, ¿no es así, honorable Mme. Val?

Y la interpelada, que no había oído una palabra del diálogo mantenido entre ambos príncipes, respondió, esponjándose de vanidad al ser preguntada por Su Alteza:



—¡Oh, monseñor! Ciertamente. Las monsergas.

Desde su apostadero, situado, como hemos dicho, en un extremo de la mesa, acechaba el barón de Königswinter la expresión de su amo y de la que él deseaba ardientemente se convirtiera en su ama, la princesa Dora, cuyo influjo en la voluntad débil del príncipe podría producir milagros. Hora es de decir que sin haberse jamás hablado de matrimonio entre ambos jóvenes, era unión que el mundo y la sociedad habían resuelto con fallo inapelable. ¿Quién pudiera mejor que Su Alteza Imperial la princesa Dora de Rusia, de reputación y virtudes intachables, aspirar a casarse con el heredero de la corona de Mongolia, Su Alteza Real e Imperial el príncipe Luis Felipe de Suavia, Lorintgia y Bravanzon? ¿Qué otro joven ostentaba cualidades capaces de rivalizar con la gentileza, la fortuna y el nombre de Luis Felipe para ser elegido por la encantadora Alteza moscovita?

Pero las razones de la lógica no son las razones del corazón. Dora no quería a Luis Felipe por sus buenas cualidades, sino, aunque parezca paradójico, por las

malas. Su alma, profundamente femenina, se sentía atraída hacia el hombre que ella juzgaba caído y creía poder redimir de la degradación por el amor. Dora, muy superior en inteligencia y en cultura a Luis Felipe, experimentaba por el muchacho un sentimiento de ternura casi maternal, que la impulsaba a reñirle y disculparle al mismo tiempo. Sus locuras, sus incongruencias de conducta, hasta le hacían gracia, y el cinismo con que realizaba sus aventuras le producían en el fondo cierta admiración. «No es hipócrita—decía Dora en su interior—. Peores cien veces que él son quienes, después de aprovecharse de los defectos de mi primo, le critican y le zahieren.» Y en un alarde atávico de soberbia, que remontaba a sus cien antepasados coronados, exclamaba: «Y en último término, ¿qué? ¿Quiénes son esos burgueses de espíritu minúsculo y

Cuando la marquesa de Ferrieres, al curniada dama del más puro Faubourg, fué prevenida por su mayordomo de que Sus Altezas Reales e Imperiales llegaban al hotel, bajó apresuradamente las escaleras, seguida por el marqués y las dos señoritas de Ferrieres, sus hijas. La música dejó de tocar un *shimmy* que hacía zarandearse en aquel momento a un centenar de parejas de baile, y atacó el himno imperial de Mongolia, primero; el himno de Rusia, después. «Ahora que toquen *carceleras*», había dicho un malevolente, viendo que tras los príncipes aparecían Mme. Val, el coronel Pejurrez Lepanto y comparsa.

La entrada de las personas reales resultó imponentísima. Delante caminaban dos lacayos gigantescos, con candelabros de velas encendidas, como marca al protocolo para la recepción de príncipes reñantes. Luego, Luis Felipe, burlón; Atanasia, con una sola ceja, porque la otra se le había despegado con los traqueteos del auto; Dora, corrida como una mona al verse envuelta en aquel Carnaval; el condesito Balby, tarareando un *schotis*, y detrás, Königswinter y Aspaviente, que procuraban cerrar la procesión dejando fuera a Mme. Val, al americano Oldman y a la demás morralla riviéresca, a los que aparentaban no conocer en público.

Apenas dió Luis Felipe un par de vueltas por los salones, se zafó de sus amigos, bailó un *shimmy* con la señorita de Ferrieres, embauló un *sandwich*, bebió una copa de ponche helado, que por cierto estaba detestable por haberse empeñado el dueño de la casa en sustituir el champagne por agua de selz, creyendo no lo notaría nadie; cumplimentó a la marquesa por el éxito de su fiesta y desapareció completamente solo y a toda prisa. Allí en Cannes dejó la impedimenta incluso Königswinter y Aspaviente, y él, feliz de haber escapado a toda aquella gente que le aburría, se metió a escape en su auto y dió orden de marchar a Niza a toda máquina, sin temor ni a multas ni a policías.

Cuando el coche del príncipe de Mongolia se detuvo a las puertas del *Savoy* eran ya las dos de la mañana. La *Promenade des Anglais* estaba desierta. El rumor del mar rimaba con el quejido de los violines y el estrépito de la *jazz band*, que tocaban a turno, sin dejar respiro a los bailarines.

Luis Felipe subió de tres en tres los escalones, arojó su abrigo a un *groom* y se precipitó en el salón de baile, donde a la luz tenue de unas bombillas rojas y azules pasaban y repasaban en apretado abrazo las parejas del baile apache, porque aquella noche Martínez, el gran Martínez, organizador de festejos nicenses, había dispuesto un baile de apaches y *pierreuses*; es decir, de señoras y caballeros disfrazados a usanza de la Villette y los Halles centrales de París. Toda Niza, todo Monte-Carlo y sus alrededores estaban en el «Savoy»; es decir, toda la bulla internacional y cosmopolita que acude a la Costa Azul durante el invierno. Los caballeros aparecían espléndidos con sus gorras ladeadas, sus pañuelos rojos anudados al cuello y sus facas de cartón. Las señoras habían copiado los trajes negros, los moños alborotados y las faldas cortas de las mujeres que rondan durante la noche por los alrededores de las tabernas mal famadas. La copia tenía tal exactitud, que la ilusión o desilusión, por hablar más ajustadamente, era completa y llevaba a confundir lo real con lo imitado. Luis Felipe se remontó el cuello del frac, recogió los faldones, aceptó de un criado un pañuelo encarnado, que se ató al cuello, y una gorrilla a cuadros, que se encasquetó, cuidando de sacarse unos tufos de



pelo a ambos lados de la frente. «¡Voilà!», exclamó, y se lanzó al salón buscando entre los grupos con ansia manifiesta a la persona que desde hacía un mes le tenía a mal traer. ¿Dónde estaría Sacha?

Sacha era la pesadilla de Luis Felipe. Fria, artera, calinosa en sus modales, le dejaba entrever la posibilidad de todo y luego le negaba las zurrapas de aquello mismo que él ansiaba y ella regalaba a cualquiera, al primer recién llegado, a un marinero del puerto, a un soldado, a un atleta de circo, a cualquiera... menos a Luis Felipe.

«¿Por qué esa conducta? Porque Sacha me odia como yo la odio a ella, pensaba Luis Felipe. Porque es mala, goza en hacer daño, en mortificar, en herir. Yo la he visto temblar de placer en las luchas de boxeo, con las aletas de la nariz vibrantes como una fiera que vendea la sangre; yo sé que gusta de presenciar las ejecuciones, aunque se desmaya de la emoción; yo sé que es mentirosa, y cobarda, y cruel, y dura con la gente que la rodea. Pero es prodigiosamente bella, tiene ojos de antilope, labios rojos y pintados, que yo quisiera destrozar a mordiscos; andrógino cuerpo de adolescente, pechos de manzana, manos malditas de pecadora, tan blancas como hostias y tan impuras como animales inmundos. Yo gozaría en maltratar ese cuerpo, en darle el placer del dolor, hasta el tormento y la muerte. Comprendo la voluptuosidad de matar, el deleite de acribillar a puñaladas ese cuerpo tan blanco y ver cómo la sangre corre como perlas rojas sobre la piel fina y tibia». En un recodo del salón Luis Felipe tropezó al azar con Emiliana de Alenzon, la cortesana célebre.

—¿Has visto a Sacha? —preguntó el príncipe, que conocía la íntima amistad de ambas mujeres.

Emiliana, también en el secreto de la exasperación erótica del egregio joven por la duquesa Sacha, sonrió maliciosa.

—Sí, la he visto.

—¿Dónde está?

—Se ha ido.

—Ya.

—Sí. Se aburría.

—¿Dónde fué?

—No fué sola.

—¿Con quién?

—Con los hermanos Sevigné, con el bailarín cubano del Rühl y dos danzarinas de los bailes rusos.

—¿Pero dónde están?

—No te lo puedo decir; si quieres, te llevo en mi «auto».

—No hace falta. Yo tengo el mío abajo.

—¿Pero por qué no me dices dónde está?

—Porque se trata de nieve—dijo Emiliana bajando la voz.

—Cocó.

—Cocó.

—¿Vamos?

—¡Vamos!

Partieron a escape.

—«Chauffeur», a Monte-Carlo. Déjanos en el Boulevard des Moulins—gritó Emiliana, a quien divertía extraordinariamente la idea de pasearse en un coche timbrado con las águilas imperiales de Mongolia.

Apenas media hora invirtieron Emiliana y Luis Felipe en el recorrido de Niza a Monte-Carlo. El «chauffeur» conocía la ruta con los ojos cerrados y caminaba atraído por la querencia de su casa. Luis Felipe, amodorrado, no despegó los labios en todo el viaje. Emiliana intentó en vano varias conversaciones, y, aburrida del fracaso, resolvió tararear una canción canalla, que comienza: *La chemise de Loulou est bien chouette*.

Cuando el coche se detuvo ante la escalinata que desde el Boulevard des Moulins conduce a Beau-Soleil, el barrio

malo de Monte-Carlo, Emiliana comenzaba por centésima vez su cantinela: *La chemise de Loulou est bien chouette*.

—Boulevard des Moulins, monseñor—dijo el «chauffeur» abriendo la puerta del «auto».

—Está bien, Maurice. Rentre.

Una vez que el coche se hubo alejado, emprendió la pareja una ascensión fatigosa a través de las callejas pinas que conducen, entre *dancings* y tabernas de baja estofa, al corazón de Beau-Soleil.

—Por aquí, monseñor—decía Emiliana. Cuidado, monseñor, que allí hay un hoyo. No tropiece, príncipe, que se va a es-

—Entrad.

Miró el llamado Albert de alto a bajo al recién llegado, y al punto le reconoció; pero, hombre ducho en su oficio, afectó no saber quién era, pues uno de los atractivos del Albert's Bar era el impenetrable secreto que rodeaba al establecimiento y sus parroquianos.

Albert se estaba enriqueciendo con su *boite*. La clientela de gastados nervios que acude a la Riviera para invernar entre sol y jazz-band, encontraba placentero venir a escondidas, llena de tapujos y misterios, como si fueran a cometer un crimen, al Albert's Bar. Era el *frisson*

subía a doscientos francos, o más, por manjares modestos; tal una ración de callos; pero era preciso pagar los peligros a que Albert se exponía. «Arriesgo el cuello», decía... Y la gente, estremecida después de contemplar el desnudo pescuezo del bigando, que parecía dispuesto ya para la guillotina, pagaba sin rechistar.

Durante el día y las primeras horas de la noche era el Albert's Bar una taberna de motoristas, lacayos y mozas de partido; pero de madrugada, cerca del amanecer, se llenaba de señores, muy entrecados ellos, muy descotados y enjoradas las damas, que, cerrados ya todos los establecimientos monte-carlinos, venían a terminar la juerga en la sordidez de aquel chamizo patibulario.

En un cuartucho mal alumbrado por un quinqué de petróleo estaban Sacha y sus invitados. Cuando el príncipe y Emiliana entraron, reinaba allí un silencio de cementerio. Las dos chicas rusas, lívidas y despeinadas, dormían tiradas por el suelo, con las bocas abiertas. No lejos de ellas, y también caído, estaba uno de los hermanos Sevigné, a quien la cocaína tenía sumido en estupor, mientras el otro hermano, de rodillas en un rincón de la estancia, desencajaba sus mandíbulas con arcadas que le revolvían todo el cuerpo.

Al entrar Luis Felipe, se puso en pie la duquesa. Su rostro exangüe parecía de mármol, un alabastro en el que se engastaran los ojos inmóviles y fijos, dilatados por la droga; junto a ella estaba el bailarín mulato, el único que, acechando quizá las perlas de Sacha, no había querido ingerir las bolitas venenosas.

—¿A qué vienes, Luis Felipe?—preguntó la duquesa con voz metálica.

El bailarín, que también se había levantado al entrar el príncipe, se separó de la dama un tanto confuso.

—Vengo, porque te quiero—respondió el príncipe semi-borracho.

Sacha, intoxicada, sintiendo en su alma esa perversidad terrible que produce la cocaína, deseo enérgico de hacer mal, de torturar, de hundir, dijo al príncipe:

—Vete, Luis Felipe, aquí no hay sitio para tí. Vete con tu prima Dora, con quien has pasado la primera parte de la noche.

—No me voy, Sacha; tienes que seguir esta noche por grado o por fuerza. A mí no me haces sufrir más.

—Vete. Yo tengo aquí al que quiero esta noche, porque es fuerte, y bello, y sano. No un fantoche enclenque como tú. Yo quiero hombres, no mujercillas.

—Sacha.

—Vete, vete, que me das asco; te aborrezco, degenerado, aborto de reyes.

Su voz era restallante. El tono mordía. Se veía que aquella mujer, en el paroxismo de la embriaguez cocainésca, era irresponsable, estaba completamente fuera de sí.

—Mira, principucho, mira... Contigo, nada, y a éste, todo.

Extendió sus brazos desnudos hacia el hercúleo jayán cubano, que, avergonzado, retrocedía; con fuerza increíble en ella, lo atrajo hacia sí y le mordió en los labios hasta hacerle daño.

—Mira, mira, mujercuela.

Luis Felipe dió un salto, cogió a Sacha por la garganta y, antes de que nadie pudiera intervenir, la estranguló sádica y sinuosa, con siniestro placer, con la satisfacción del que mata a su martirio.

La duquesa abrió los ojos mucho, mucho; tanto, que el alma pareció irse por ellos, y en las verdes pupilas no se marcó el terror ni la angustia, sino un intenso goce, una impresión de voluptuosidad inaudita.

Melchor de ALMAGRO  
SAN MARTIN

Dibujos de Acuña.



trellar. Está esto más oscuro que boca de lobo.

Luis Felipe iba un poco borracho. Entre lo que bebiera en la comida de su casa y el champagne que Emiliana le había dado en el baile del Savoy, sumaba lo suficiente para trastornar una cabeza débil como la suya.

Al revolver de un callejón, y en una manera de placeta sombría, se detuvo Emiliana.

—Espere, monseñor.

La *cocotte* se acercó a una casa por cuyas puertas y ventanas, cerradas, filtraban rayos de luz. Llamó con los nudillos. Tornó a repicar. El portón se entreabrió.

—¿Quién?

—Soy yo, Albert. Yo. Emiliana de Alenzon. Vengo con un amigo

de lo prohibido. ¿Puede venir la Policía?, preguntaban ansiosos, y Albert, mirando a todos lados, sucesivamente, con sobresalto, se llevaba un dedo a los labios:

—¡Chitón, por Dios! Claro es que puede venir, y a veces, viene; pero sólo se lleva a la gente maleante. Trae el *panier a salade*, que deja a la puerta, y a los que coge, ¡hala!, les hace subir en el «auto» y... a la cárcel se ha dicho.

En general, nada delictivo pasaba en el Albert's Bar, a no ser las cuentas que el patrón hacía pagar a sus incautos feligreses: cien francos un pollo asado, cien francos una botella de champagne. El establecimiento de Albert podría muy bien haberse llamado «El todo a cien francos» si no hubiera habido ocasiones, cuando los clientes veían doble, en que el patrón también veía duplicado y el precio



# LA BRUJA DE LOS HIELOS

ALLÁ en el Norte, por los países donde hace mucho frío, vivía una niña que se llamaba Miska.

Miska no era princesita—ni aun en los cuentos pueden ser todas las niñas hijas de reyes—, pero era muy rica y muy feliz; vivía con sus padres en una casa preciosa y se divertía mucho. Verdad es que se lo merecía, porque, aparte de tener algún defectillo, era muy buena y muy aplicada.

Aquel día, al despertarse, Miska lanzó un grito de alegría: durante la noche había caído la primera nevada del invierno y, a través de las cortinas de tul, veía los árboles del parque, que parecían cubiertos de azúcar molida.

Rechazó vivamente su colcha de seda rosa y corrió a la ventana: el río que corría cerca de la casa estaba helado, y más que río parecía un espejo terso y brillante.

En aquel momento entraba en la alcoba la mamá de Miska.

—¡Mamá!—exclamó la niña arrojándose a sus brazos—. Quiero ir a patinar.

La mamá no sabía negar nada a su niña; además, en aquellos países es costumbre que los niños vayan solos a patinar en cuanto empieza el invierno.

A escape la vistió; le puso un abrigo de piel y cubrió su cabecita con un gorro; enfundó sus manos en gruesos guantes forrados, y le rodeó el cuello con una amplia bufanda de seda. Luego, le dio los consejos de siempre.

—Sé muy buena; no seas loquita; no hagas imprudencias; no molestes a la gente...

Pero ya Miska estaba demasiado lejos para oír estas sabias advertencias.

¡Cuánto se divirtió aquella mañana! Patinaba perfectamente, y con sus bucles rubios flotando al viento estaba tan mona, que llamaba la atención de todo el mundo.

Pero, ¡ay!, al borde del río había unos cuantos chiquillos que aprovechaban la helada para dedicarse a otro género de diversiones: hacían bolas de nieve y se las arrojaban a los patinadores; y he aquí que una de aquellas bolas fué a darle a Miska en plena cara; al mismo tiempo grandes carcajadas de los golfillos saludaban su propia proeza.

Miska se paró en seco, furiosa; su naricilla respingona estaba roja y las mejillas le ardían de rabia. Un momento estuvo a punto de devolverles a aquellos bribones su mala jugada; pero eran muchos y mayores que ella. Desistió y siguió patinando; pero ya de mal talante, sin ganas ni alegría.

Iba tan preocupada remachando su indignación, que no notaba que se alejaba de los lugares frecuentados y se internaba en una parte del río completamente desierta. De pronto, vio a una viejecita muy menuda sentada en la orilla, y tuvo una idea tonta, mala e injusta; una idea indigna de una niña buena de cuento; pensó:

—Ya que me lo han hecho a mí, yo se lo haré a esta vieja.

Cogió un montón de nieve, formó una

bola apretada, tomó impulso para arrojarla y... ¡catapult!, perdió pie, se escarrió, se cayó, y el hielo, que sin duda era menos resistente en aquel sitio, se abrió bajo su peso con un crujido terrible, ¡crac!, y Miska se sumergió hasta el cuello en el agua helada.

Al oír el grito desgarrador de la niña, la vieja acudió, renqueando, apoyada en un nudoso bastón.

—¿Ves de qué sirve el ser mala?—dijo, moviendo su cabeza gris—. ¿Y si yo ahora, para vengarme, te dejara ahí?

rina—tienes que cumplir tu promesa y darme lo que te pida.

—¿Sin duda querrá usted dinero?—dijo Miska—. Mi papá tiene mucho y le dará cuanto desee.

—No necesito el dinero de tu papá; soy más rica que él, porque, ¿sabes quién soy yo?, pues soy la Bruja de los Hielos, sencillamente, y lo que necesito es otra cosa: tengo frío siempre, siempre, y quiero un fuego tan ardiente que llegue a abrasarme. Ya lo sabes; como no me lo des, te quedarás toda tu vida aquí, en esta ca-

asustada, y vió que el montón era en realidad un precioso osito blanco.

Miska no tenía miedo a los osos; había visto muchos que bailaban amestrados por gitanos, y éste era tan bonito con su pelaje immaculado, que la niña batió palmas, encantada de encontrarse con un compañero.

—¡Baila, baila!—gritó.

Se puso a cantar una canción, y el oso empezó a bailar, como si la hubiera comprendido.

—¡Qué mono! ¡Qué gracioso!—exclamó Miska, que ya se había olvidado de todas sus penas y del peligro en que se hallaba.

Y, llena de entusiasmo, cogió entre sus bracitos la gruesa cabeza blanca y le dio un beso.

Entonces, ¡oh maravilla!, el pelaje de nieve cayó al suelo, y Miska vió ante ella... un hermoso joven, como seguramente os lo habréis maliciado ya.

—Soy—dijo—el príncipe Rodomundo, hijo del rey de este país. Un día que patinaba en el lago helado del parque vi a esta bruja y le gasté no sé qué broma inocente; pero ella es tan mala y susceptible que se enfadó, me trajo aquí y, en castigo, me transformó en oso, diciendo, sin duda para burlarse de mí: «Serás oso blanco hasta que una linda niña te dé un beso». Entonces, esto me pareció imposible; pero he aquí, gentil Miska, que tú has realizado el milagro que me devuelve mi forma humana. Me has salvado, y yo estoy enamorado de ti. Huyamos juntos.

Al oír estas palabras, Miska sintió una alegría loca: ¡casarse con un príncipe! Eso valía todavía más que patinar sobre el hielo o hacer bolas de nieve, y empezó a dar saltos y a batir palmas. Pero de pronto se detuvo y su boquita rosa hizo un puchero desconsolador.

—¡No puedo huir contigo!—dijo—. La bruja me tiene prisionera. A mí no me ha transformado en osa, ni en rana, ni en nada; pero me ha impuesto la obligación de buscarle un fuego tan ardiente que consiga abrasarla; y como yo no sé dónde encontrarlo, me tengo que quedar en esta horrible casucha con esa mala bruja.

Y se echó a llorar.

El príncipe, muy conmovido por sus lágrimas (como que era bueno y estaba enamorado), reflexionó un momento. —¿pronto, se golpeó la frente.

—¡Ya está todo salvado!—exclamó—. Puesto que no hay medio de hallar un fuego que le caliente los huesos a esa vieja friolera, vamos a burlar su malicia. Tengo aquí a una fiel amiga que nos ayudará.

Y llamó:

—¡Pulguina! ¡Pulguina!

Miska vió acudir a una criatura diminuta y saltarina, vestida de negro.

—Amiga mía—le dijo Rodomundo—: te acordarás de que siendo oso, más de una vez, en invierno, te ofrecí una hospitalidad cálida y gratuita en mi mullido pelaje.

—Me acuerdo, y te estoy muy agrade-



—¡Socorro! ¡Que me ahogo!—gemía la pobre Miska, que castañeteaba los dientes y se agarraba desesperadamente a los bordes escurrecidos del hielo.

—¡Ya, ya!—siguió refunfuñando la vieja—. Y si te salvo, ¿qué me darás?

—¡Lo que usted me pida!—exclamó Miska, que ya no podía más.

—¡Trato hecho!

La vieja le tendió su palo, y con un vigor extraordinario, ¡hop!, la sacó del agua. Luego, viendo que la pobredilla tiritaba, la cogió de la mano y se la llevó hasta una llanura cubierta de hielo, en medio de la cual se elevaba una casucha tan vieja como ella y casi tan fea.

Allí, la vieja le quitó a Miska sus lujosos trajes, que estaban chorreando, y le puso otros de aldeana, muy feos, pero secos.

—Ahora—declaró cuando Miska se halló transformada en una pequeña pueble-

baña, rodeada de nieve y hielo, y no volverás nunca a la casa de tus papás.

Y dicho esto, la vieja tuvo una risa cruel, y se alejó, cojeando y renqueando, apoyada en su nudoso bastón.

Miska quedó aterrada. ¿De dónde sacaría ella aquel fuego mágico? En la chimenea había cenizas tibias y unos maderos. Les prendió fuego; pero, ¡ay!, aquella lumbre apenas bastaba para desentumecer sus dedos. ¿Cómo iba a dar un calor intenso a los viejos huesos de la friolera bruja?

Desconsolada y perpleja, Miska salió a la puerta. Ante ella se extendió la llanura nevada. Imposible huir. ¿Cómo encontraría el camino de su casa?

Distraídamente se inclinó hacia un montón de nieve que había a sus pies para hacer otra bola semejante a la que tan cara le había costado. Del montón de nieve salió un gruñido. Miska retrocedió,



cida—declaró Pulguina, dando tres sal-  
titos.

—Pues bien, pruébame. Necesito que  
le pegues un mordisco de primera cla-  
se a...

—¿A quién?—preguntó Pulguina, rela-  
miéndose.

—¿A la Bruja de los Hielos?  
Pulguina torció el gesto.

—No podías escoger peor — refunfu-  
ñó—. Esa vieja tiene una piel seca sobre  
unos huesos duros; poca substancia le he-  
de sacar. Sin embargo, por pedírmelo tú,  
lo haré con gusto. ¿Dices que un mordis-  
co de primera clase?

—De primera clase, y tan insistente,  
que se rasque como una desesperada y  
que la piel le arda como...

—¡Ah!—interrumpió Miska—. ¡Ya com-  
prendo! ¡Qué buena idea! ¡Qué listo eres,  
príncipe Rodomundo!

En aquel momento entraba la bruja,  
ranqueando, apoyada sobre su bastón.  
Rodomundo y Pulguina se apresuraron  
a ocultarse, y Miska se puso a tararear  
una canción con el aire más inocente del  
mundo.

—¡Muy alegre estás!—murmuró sar-  
cásticamente la bruja—. A ver, a ver qué  
buen fuego me has preparado...

Y mientras la niña se mordía los labios  
para no reír, se acercó a la lumbre y re-  
movió las cenizas con su bastón.

—¡Sí que has hecho mucho!—exclamó,  
furiosa—. Pues, hija mía, lo siento por  
ti, porque ya sabes que...

En esto se interrumpió y lanzó un gri-  
to. Pulguina acababa de deslizarse bajo

sus faldas y le había pegado en la pier-  
na un mordisco terrible.

La vieja empezó a rascarse; pero ape-  
nas retiraba la mano, Pulguina tornaba  
a morder en el mismo sitio. La vieja se-  
guía rascando y Pulguina mordiendo,  
una con tal fuerza y la otra con tal ahun-  
do, que aquella piel seca y apergamina-  
da se desgarraba y ardía.

Al fin, la vieja, exasperada, no pudo  
contenerse.

—¡Qué barbaridad!—exclamó—. ¡Estoy  
abrasada!

No había terminado aún estas palabras  
imprudentes, cuando ya el príncipe, que  
las esperaba, aparecía ante sus ojos.

—¿Has dicho que estás abrasada?—le  
preguntó—. Pues lo siento por ti, porque  
Miska ha ganado y tú estás vencida; el  
trato es trato.

La vieja quiso hablar y no pudo. Aho-  
gada por la rabia se derrumbó en el sue-  
lo y quedó convertida en un montón de  
nieve, que se derretía lentamente ante  
los asombrados ojos de nuestros amigos.

Rodomundo y Miska se casaron, y aun  
durante muchos inviernos siguieron pa-  
tinando sobre ríos y estanques helados y  
divirtiéndose a más no poder; pero ni el  
uno volvió a gastar a nadie bromas de  
mal gusto, ni la otra volvió jamás a arro-  
jar a la gente bolas de nieve, lo cual hu-  
biera sido completamente indigno de un  
príncipe tan gallardo e ingenioso y de  
una señora princesa tan linda y formal.

#### EL GATO CON BOTAS

Dibujos de BARTOLOZZI.

## IMPRESIONES DE UN CAMINANTE

# MARSELLA

ME permitirán los amables lectores de  
mis LUNES que interrumpa por algu-  
nas semanas mis impresiones de lector,  
sustituyéndolas por impresiones de cami-  
nante? Escribo bajo un bosquecillo de pal-  
meras, en un hotel de Niza, donde me en-  
cuentro de paso para Italia. No, no te-  
man mis lectores que caiga en la tenta-  
ción de repetir una vez más los consabi-  
dos tópicos de Baedeker espiritual. Ni  
teman, mucho menos, que busque en la  
contemplación de las ciudades consagra-  
das paradojas fáciles de disonancia y  
originalidad...

El turismo internacional no ha sido ga-  
lante con Marsella. Por eso la gran ciu-  
dad mediterránea puede ser vista toda-  
vía por la primera vez. Hay una virgini-  
dad de espíritu en esa urbe cuyas calles  
son el cauce de todas las razas. No; aquí,  
en la Canebière, no encontraremos el la-  
tido de su corazón; tampoco en las gran-  
des avenidas que copian el lejano modelo  
de París, ni en las arboledas del Parque  
Borély, agrupadas en torno a un palace-  
ta versallesco. Hemos de ir al Viejo Puer-  
to, a sus callejas atestadas y sucias, úl-  
timo resto de la Marsella antigua, puerta  
de Oriente en la muralla de la Europa oc-  
cidental.

Toda ciudad tiene su mito. La cuestión  
estriba en saberlo descubrir. Cada ciudad  
tiene su alma de diosa; pero sólo mirán-  
dola con fe conseguiremos que se nos  
revele. Esta tarde dominical, divagando  
por los muelles marseleses, he visto  
emerger sobre la urbe material y visible  
su inmortal feminización. Fué allí, sobre  
la Acrópolis que domina los caminos del  
mar. No era ciertamente ese santuario y  
esa estatua dorada de Nuestra Señora de  
la Guardia con que la religiosidad comun-  
ha querido imitar la clásica Atenea Po-

liada del Partenón, en cuya égida de oro  
se reflejaba el sol como un lejano saludo  
a las naves que acudían a Atenas. Ese  
templo, enhiesto a modo de pedestal de la  
imagen, es de un gusto detestable, verda-  
dera concreción de la inopia artística con  
que el catolicismo francés ha contribui-  
do, más que nadie, a destruir la esplén-  
dida tradición estética del arte cristiano.

La sugestión de Marsella es muy diver-  
sa. Esta ciudad podría elevar sobre su  
roca marina una robusta Eléutera, con  
tanta razón como la eleva Norteamérica  
a la entrada de su gran puerto. Marsella  
levanta en la mano invisible su antorcha  
y su faro, su fuego y su luz. Su alma fe-  
menina sólo tiene por nombre el patro-  
nómico de su propia ciudadanía: Marse-  
lla. Y él le ha bastado para recorrer el  
mundo e inflamarlo con una sola estrofa.  
Allá, tras los edificios suntuosos de la  
Avenida de la República, la Puerta de  
Aix,alzada en memoria de las jornadas  
revolucionarias, se curva con esa gracia  
ambigua que convierte los aparatosos ar-  
cos de triunfo en abrazos familiares so-  
bre el umbral de la casa paterna.

Marsella es una gran puerta sobre un  
zoco. Los malecones de su puerto son las  
jambas de una hostería ofrecida a los  
cuatro vientos de la tierra. Su plaza civi-  
ca es un caravanserrallo que une los con-  
tinentes. Ella fué un tiempo colonia helé-  
nica, nostálgica de su pequeña metrópo-  
li focense. Hoy es la verdadera forma de  
la metrópoli colonial francesa, corazón  
que envía un riego arterial al gran impe-  
rio de la raza, y acoge con un aire anti-  
guo de vieja Roma la pululación de todos  
los exotismos.

Un nombre divaga en mi memoria: Pu-  
vis de Chavannes. El ha sido el poeta de  
la gran urbe provenzal; en sus cuadros  
ha tomado visión aquella alma proteica.

Porque Marsella es una encrucijada y  
una confluencia. Ella fué uno de los tres  
focos de la cultura histórica francesa,  
porque guarda las bocas del padre Róda-  
no, cuyas orillas, sonoras todavía de *Lon-  
Pouémo* en que Mistral cantó la extin-  
guida matriarcalidad de su Provenza,  
han reflejado un coro de ciudades evoca-  
doras, incliadas sobre el río como don-  
cellas griegas llenando las graciosas án-  
foras. Así vimos ayer, bajo la dulce ca-  
ricia de su recuerdo, a Beucaire y a Ta-  
rascon separadas por el famoso puente,  
como Andrómedas junto a la Tarasca  
simbólica.

Provenza fué la heredera civil del  
mundo clásico, y al mismo tiempo la  
adocrinadora poética del medioevo. Jun-  
to a los otros dos hogares de Francia, el  
franco y el céltico, cuyas formas supre-  
mas fueron respectivamente la *Chanson  
de Rollans* y la escuela de los troveros,  
suscitó Provenza la pléyade de sus tro-  
vadores como el primer vínculo espiritual  
entre las naciones latinas. Ese recuerdo,  
más que otro alguno, nos señala el cami-  
no de Italia a los que descansamos hoy  
bajo el pórtico hospitalario del hogar  
marseles. ¿No andan por ahí las sombras  
de Beltrán de Born, cuyo castigo en el  
*Inferno* dantesco es una fuerte presea de  
inmortalidad, y de Arnaldo Daniel, que  
tuvo la gloria póstuma de dejar en los  
terceros del *Purgatorio* un rastro de su  
lengua de oc, a manera de cuño en el  
troquel toscano? ¿Y no llegan de Vauclu-  
se otros acentos inmortales, que herma-  
naron a Italia con Provenza? Y la otra  
gran figura de fundador itálico, aquel  
Juan Boccaccio, parisiense de ocasión, ¿no  
dejó por ahí la estela maliciosa de sus  
*novelle*, que después alcanzaron plena  
ciudadanía francesa en los Cuentos de su  
tocayo La Fontaine?

Marsella, clásica y francesa; a un tiem-  
po heredera de Marte por su nombre, y  
madre, por su nombre también, de la Li-  
bertad, tiene asimismo un alma oriental  
bajo su armadura. ¿Por qué desconocidas  
herencias se formó en Provenza aquella  
heroja de Albi que parece un retoño de  
Oriente en el solar latino? Una cruzada  
terrible la ensangrentó; pero algo quedó  
en su alma de fermento para otras leja-  
nas y fructíferas rebeliones... Y como una  
ironía, como la primera gran ironía fran-  
cesa, la rivalidad de los Valois con el gi-  
belinismo germánico dió a Provenza ca-  
tegoría papal, erigiéndola en sede facti-  
cia de un güelfismo dinástico y estéril.  
Albi, Aviñón, Tolosa, Marsella. He aquí  
las sucesivas sedes del provenzalismo:  
ellas encarnan respectivamente la influen-  
cia oriental, el güelfismo, la poética tro-  
vadoresca y la república nauta y mer-  
cantil, hermana y rival de las que nos  
esperan sobre la costa itálica, desde la Li-  
guria al Veneto. Y hoy contemplamos en  
Marsella el florecimiento de esa cuarta  
representación metropolitana.

Precisamente, para verla en toda su  
fuerza, Marsella nos ofrece ahora una Ex-  
posición colonial, llena de sugestión. La  
he recorrido penetrado con todo lo  
que vibra en ella de exaltación de valores  
y transfiguración de potencialidad. Todo  
lo que hay de herencia romana en el con-  
cepto de la colonización se nos hace visi-  
ble. Como Alejandría, como Nápoles, el  
alma multiforme de las grandes ciudades  
mediterráneas anida entre esos palacios  
ocasionales que reproducen el arte bár-  
baro de las remotas culturas subyugadas,  
desde la pagoda indochina a la mezquita  
berberisca. Aquí unos *coolies* annamitas  
nos ofrecen el servicio de sus cochecitos  
arrastrados por ellos; allí un patio ma-  
roquí alinea sus tiendas llenas de un  
turbio vaho de sahumerio y de kif; más  
allá unos negros como ébano trabajan al  
abrigo de sus chozas, y unos judíos inde-  
finidos asedian al visitante con la baratu-

ra de sus tapices de imitación... De allá  
lejos, sin duda, nos asedia la alegría de  
las culturas venerables y moribundas,  
sometidas a una servidumbre dorada más  
envilecedora que la vieja esclavitud; ca-  
denas de oro se ciñen al puño de los cau-  
dillos, tras de la carroza de Francia; los  
ídolos arrancados a sus templos se con-  
vierten en viles adornos domésticos; pero  
¿quién puede calcular las nuevas formas  
de humanidad que nacerán de ese conu-  
bio de cultura, o en esa siembra de la  
semilla nueva sobre las tierras adversas  
que se desconocían? Este simulacro de la  
Exposición colonial marseles, en que  
trepida la fuerza imperial de la segunda  
nación colonizadora del mundo en que  
vivimos, está lleno de sugestión, mu-  
chas de ellas dolorosas para nosotros...  
Porque hay un fuerte sentido civil en el  
tutelaje europeo que ha producido este  
alarde. Otra vez, sobre su carroza, pasó  
ante nosotros la Marsellesa...

Salimos ya. Vamos a continuar nuestra  
marcha. La *Côte d'Azur* será un descan-  
so luminoso de modernidad en la ruta  
que enlaza las ciudades fuertes de la im-  
perialidad mediterránea. Génova, Pisa,  
Nápoles, Venecia, unen sus voces herma-  
nas sobre la costa de mi mar nativo. Pe-  
ro la protagonista de la tragedia es el  
verdadero faro de nuestro camino: Roma.

Gabriel ALOMAR

## LECTURAS

La Argentina (estudio social de un  
pueblo) es una recopilación de los traba-  
jos y conferencias de Alberto Ghirardo,  
tan interesantes como documentados.

La independencia de juicio y la vibra-  
ción del estilo avaloran esta nueva pro-  
ducción del renombrado escritor bo-  
naerense.

La Editorial Cervantes, de Barcelona,  
acaba de publicar en un volumen de cer-  
ca de 600 páginas, en 4.º, la famosa no-  
vela de Selma Lagerlöf, *La leyenda de  
Gösta Berling*, obra que hasta el presen-  
te no pudo ser conocida por la masa de  
lectores hispanoamericanos.

*La leyenda de Gösta Berling* es el pri-  
mer libro que publicó la célebre escritó-  
ra sueca, la que inició la serie de obras  
de Selma Lagerlöf, que merecieron el  
Premio Nobel de Literatura.

El tomo XXXVIII de la ya famosa se-  
rie *Las mejores poesías de los mejores  
poetas*, que publica la Editorial Cervan-  
tes, de Barcelona, va dedicado al gran  
poeta catalán Salvador Albert.

Precede a la selección un bien escrito  
y profundo trabajo del notable poeta  
Fernando Maristany, en el que estudia  
la personalidad de Albert y expone lo  
más esencial de la lírica catalana.

### EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Apartado 502.—Madrid.  
Librería, Caballero de Gracia, 28.

#### Últimas novedades:

	Pesetas.
EL CABALLERO AUDAZ: <i>El pozo de las pasiones</i> , nueva edi- ción aumentada (novela).....	5
CARRERE: <i>La mala pasión</i> (no- vela).....	4
SAN GERMAN OCAÑA: <i>La ruta de los cautivos</i> (novela).....	4
VERLAINE: <i>Cordura</i> ( <i>Sagesse</i> ) traducción, en verso, de Díaz Canedo.....	4
GOMEZ CARRILLO: <i>El quinto li- bro de las crónicas</i> (novela)....	4,50
HERNANDEZ CATA: <i>La muerte nueva</i> (novela).....	5
DOCTOR CESAR JUARROS: <i>La ciudad de los ojos bellos</i> (Tetuan). 5	
Pedidos directamente a «MUNDO LATINO»	

Apartado 502



# BANCO HISPANO-COLONIAL

En la información que hoy nos proponemos servir a nuestros lectores poco encontrarán en ella que ignoren, pues la entidad de que nos vamos a ocupar, no solamente es conocida de las personas que se dedican a las finanzas, el comercio y la industria, sino de todas las clases sociales, ya que su existencia data desde hace aproximadamente medio siglo, y en el transcurso del tiempo de su fundación a la fecha ha intervenido en varias operaciones de interés nacional.

Este establecimiento bancario, que nació en 1876, y que, por tanto, cuenta una vida de cuarenta y seis años, es uno de los más prestigiosos de España y que más han trabajado por fomentar la economía nacional, su industria y el engrandecimiento del país, tomando parte en la urbanización de sus principales capitales y llevando a cabo la edificación de importantes obras del Estado.

Uno de los principales motivos que contribuyeron a la fundación del Banco Hispano-Colonial fué la administración de las deudas coloniales, de las que se hizo cargo, así como de las Aduanas de la Isla de Cuba hasta la pérdida de las colonias, en que el Estado convirtió estas deudas en papel del 4 por 100 interior.

A partir de aquella fecha, dedicó el Banco Hispano-Colonial todos sus esfuerzos en llevar adelante el plan económico que tenía trazado, y que consistía en hacer, por sí o en participación con otros establecimientos o personas de España o del Extranjero, toda clase de operaciones financieras, agrícolas, comerciales, industriales, de obras públicas y hasta inmobiliarias.

Asimismo, y por igual concepto, suscribe o contrata empréstitos con el Gobierno, Corporaciones provinciales o municipales y con otras Sociedades de crédito. También hace negociaciones en fondos públicos, valores industriales, acciones u obligaciones de cualquier Empresa o de crédito; crea y explota Empresas de ferrocarriles, canales, fábricas, minas, dársenas, alumbrado, agrícolas, industriales, marítimas y todas las de utilidad pública. Se hace cargo de la emisión de acciones o de obligaciones de cualquier Empresa o Sociedad, o por cuenta del Gobierno, y se dedica, en una palabra, a toda clase de negocios, siempre que éstos sean lícitos y lo estimen conveniente a los intereses del Banco Hispano-Colonial.

En la actualidad es uno de los establecimientos de crédito que más trabaja, alcanzando éxitos muy importantes en las emisiones de acciones u obligaciones que toma a su cargo, y que sus clientes adquieren rápidamente por la confianza que les inspira el Banco garantizando la emisión; estas operaciones, así como todas las que hemos enumerado en el párrafo anterior, las atiende con gran diligencia, y tal es su solvencia e importancia económica, que tiene desde hace mucho tiempo a su cargo la Tesorería General del Ayuntamiento de Barcelona.

Entre las últimas obras contratadas figuran la edificación de la casa de Correos de la ciudad condal, que, según el proyecto de los arquitectos Sres. Audet y Torres, que dirigen la parte técnica del edificio, será uno de los inmuebles más suntuosos de España; para estas

obras el Estado entrega al Ayuntamiento una cantidad anual, que éste traslada al Banco para pago de las obras realizadas, cuyo valor asciende siempre a mayor cantidad de la facilitada.

También tiene a su cargo este Banco la apertura y prolongación de la calle de Balmes, de Barcelona, y del ensanche de esta capital hasta los túneles de la Avenida del Tibidabo, obras que ascenderán a unos treinta y cinco millones de pesetas aproximadamente, en las que se está trabajando desde agosto del pasado año. Asimismo se ha hecho cargo con el Fomento de Obras y Construcciones del saneamiento del subsuelo de Madrid, cuyos gastos se calculan en treinta y seis millones de pesetas.

Otra de las mejoras que recibirá Barcelona, y que en parte se deben a este Banco, es el Metropolitano, proyecto que, en unión de otros establecimientos bancarios, adquirieron de sus autores, señores Zaragoza y Muller, dando el nombre a la Sociedad que ha de explotarlo de Gran Metropolitano de Barcelona.

La importancia de las operaciones que durante el año 1921 ha realizado el Banco Hispano-Colonial se deduce de la Memoria presentada a la Junta general en 25 de enero del corriente año, y que arroja, deducidos los gastos generales, que importaron 440.185,06 pesetas, y la contribución de utilidades para el Tesoro, que ascendió a 128.187,30, un beneficio líquido de 1.933.119,38 pesetas, lo que les permitió abonar la cantidad de 24 pesetas por acción.

El acierto con que está dirigido el Banco se debe principalmente a su Consejo

de Administración, formado por personas tan competentes como lo son su presidente, el excelentísimo señor marqués de Comillas, y sus consejeros propietarios: conde de Torroella de Montgrí, don Clemente Miralles y de Imperial, marqués de Casa Quijano, D. Ignacio Coll y Portabella, conde de Güell, marqués de Castellós, conde de Gamazo y el delegado del Consejo de Administración D. Francisco Fontanals y Martínez, que es una de las principales figuras en España en materia financiera, así como el vicergerente, D. José de Sentmenat y de Sentmenat.

Insertamos a continuación el balance del Banco Hispano-Colonial correspondiente al año 1921, y que confirma cuanto dejamos dicho anteriormente:

ACTIVO	Pesetas.	Cts.
Caja y Bancos.....	2.497,325	67
Cartera.....	19.416,455	22
Banqueros y Corresponsales..	91,738	58
Cuentas deudoras.....	55.561,903	83
Gastos amortizables.....	75,285	10
Custodia de valores.....	35.983,481	25
	113.626,189	65
PASIVO		
Capital.....	15.342,400	•
Cuentas acreedoras.....	60.238,702	37
Efectos por pagar.....	299	35
Beneficio del 45.º ejercicio social.....	2.061,306	68
Acreedores por depósitos en custodia.....	35.983,481	25
	113.626,189	65

## ODEON

es y será siempre la marca de DISCOS que ofrezca mayores novedades.

Todos los grandes artistas colaboran en ella, y su repertorio reúne todos los géneros



Pida usted catálogo y condiciones a ODEON - Preciados, 1 - MADRID

## Pedid Coñac Lion d'or

MOTOCICLETAS ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES  
**ALVAREZ HERMANOS**  
SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

LADRILLOS REFRACTARIOS  
**TUBERIA DE GRES**  
Fábrica: PACIFICO, 12  
TELEFONO M 17-65

ESMALTE ORO "EL SOL"  
para dorar cuadros, espejos y retablos.  
La Casa más surtida en colores  
**FLORÉNTINO PEREZ (S. en C.)**  
Sucesores de Díaz Herrera  
HORTALEZA, 17

**ALFON O FOTOGRAFO**  
FUENCARRAL 6 MADRID  
TOLEDO 63 MADRID

## TURBINAS

para cualquier salto y caudal. — Etablissements Benninger, Uzwil (Suiza). Pidanse presupuestos gratis a Oficina Técnica "Promotor" (S. A.)  
VALVERDE, 20. — MADRID



Medias y calcetines de todas clases a precios reducidos. LA ESTRELLA, Hortaleza, 82 (esquina a Augusto Figueroa).  
Esta casa está preparando pieles confeccionadas para la próxima temporada de invierno.

## Instituto Católico Complutense

ARENAL, 26, PRAL-APARTADO 269

Medicina, Farmacia, Ingenieros industriales, Correos, Telégrafos, Radiotelegrafía, Auxiliares de Hacienda, Judicatura, Registros y preparación militar.  
Gran Centro cultural, con brillantísimo profesorado. — Magnífico internado. — Pensión 170 pesetas.

Director: MANUEL MOIX GOMBAU  
Doctor en Derecho y abogado del Ilustre Colegio de Madrid  
Administrador: PEDRO MOIX GOMBAU  
Presbitero

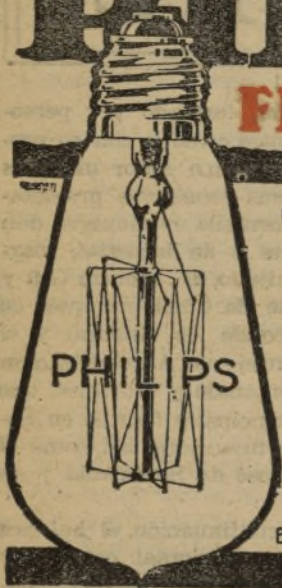
Nerviosina de T. González De venta en farmacias

**"Anís Balmaseda" MALAGÓN (Ciudad Real)**



# PHILIPS

**FILAMENTO METÁLICO**



CONSTRUCCIÓN NUEVA Y MÁS MODERNA

LOS GANCHITOS QUE SOSTIENEN  
LOS FILAMENTOS SON FINOS Y FLE-  
XIBLES, LO MISMO LOS DE ARRIBA  
(EN OTRAS MARCAS SON RÍGIDOS),  
COMO LOS DE ABAJO, PARA AMORTI-  
GUAR LOS GOLPES Y TREPIDACIONES

**DOBLE DURACIÓN**

Exijan marca PHILIPS sobre el cristal De venta en todas partes

Al por mayor:

**ADOLFO HIELSCHER, Socd. Anón. MATERIAL ELÉCTRICO**

MADRID: San Agustín, 2.

BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

**Manuel López**

**FABRICANTE DE MUEBLES**

Serrano, 17 :-: Ayala, 60

Lee usted nuestro folletín EL MISTERIO DEL CASTILLO MEXICANO

## CALLOS

No se lamente usted de tener sus pies destrozados. No achaque a sus callos lo que sólo es obra de su incuria. El que tiene la cara sucia es porque no se lava. El que tiene callos, juanetes, ojos de gallo o durezas es porque no usa el patentado



**UNGÜENTO MÁGICO**

que en tres días los extirpa totalmente.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1.50.- Por correo. 2 ptas.

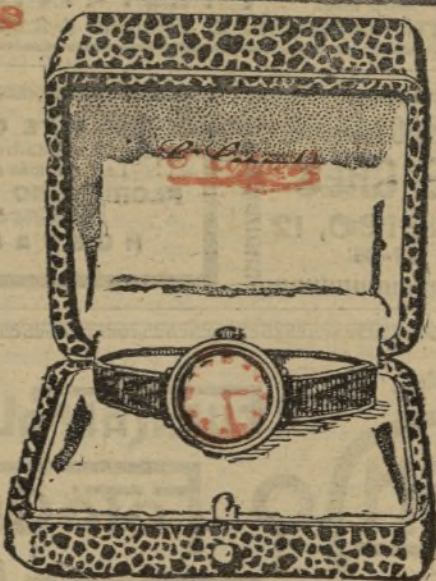
**FARMACIA PUERTO**

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

FÁBRICA DE  
RELOJES DE

**CARLOS COPPEL**

FUENCARRAL 27  
MADRID



Nº 1921

Reloj-pulsera de moiré con  
broche a presión en caja de Oroxi.  
Oro chapeado: 60 Pts.  
El mismo en oro de ley: 100 pts.

*Exposición  
permanente  
de Relojes  
de Pared*

*Remesas  
a provincias  
CERTIFICADO DE GARANTIA  
CON CADA RELOJ.  
Catálogo gratis*